

el feo

DERECHOS RESERVADOS

CARLOS CUAUHTÉMOC SÁNCHEZ

el feo

DERECHOS RESERVADOS

**Una novela sobre
personalidad e imagen**



DIAMANTE

LA EDITORIAL DE LOS VALORES

Introducción

Para escribir el Feo me transformé en él. No fue agradable para mi familia ni amigos. Por semanas enteras estuve encerrado, escatimando el baño, el rastrillo de afeitarse y los cuidados elementales que todo ser social debería darse. Pero no sólo me transfiguré físicamente, también me zambullí en la psicología de mis personajes y sufrí con ellos cada una de sus trágicas experiencias. Eso afectó mi vida. Soy una persona diferente antes y después de *El feo*.

Al escribir este libro entendí con plenitud lo que significa ser feliz: no querer que se acabe el día para poder seguir trabajando, caer exhausto, dormir apenas unas horas y en cuanto sobrevienen las primeras luces de conciencia, levantarse entusiasmado e irse directo a trabajar más. Fui viviendo la metamorfosis de mis personajes y aprendí con ellos a cambiar mi propia personalidad *de adentro hacia fuera*.

Para escribir este libro puse en un solo sector de mi mente recuerdos emocionantes de algunos viajes que he realizado buscando inspiración: los increíbles paisajes de Chiapas, los pantanos en Florida, las hormigas de fuego en el Amazonas, los insólitos *ziplines* en Kawai, las mujeres desdentadas en el Masai Mara, las aguas cristalinas del lago Inle en Myanmar... puse todo eso, más algunas cartas desgarradoras de mis lectores y mi propia experiencia personal en un recipiente creativo, le di vueltas, y pude ver el nacimiento de una obra que me dejó fatigado y extasiado. *El feo*, no se basa, como otras novelas, en hechos reales, sin embargo, tiene más vida que cualquiera.

Para alivio de mi esposa y tranquilidad de mis amigos, he salido del escondite, me he bañado y rasurado; he vuelto a estar presentable, pero sobre todo, me siento renovado. Soy

infinitamente feliz al poder hacer lo que hago y compartirlo.

Con esta espontánea introducción quise participar un atisbo de las emociones que me embargaron al escribir la novela que está a punto de leer; podría resumirlas en tres palabras: *La disfruté mucho*. Pero en cinco palabras finales podría decirle a mi lector lo único que en realidad me interesa: *Espero que la disfrute también*.

CCS

DERECHOS RESERVADOS

1

Estoy terminando de impartir el seminario de tesis cuando llega uno de los vigilantes a tocar la puerta del aula.

—Profesor, el *Grupo Revolucionario Estudiantil* cerró la facultad; le recomiendo que ni usted ni sus alumnos salgan hasta que pase el alboroto.

Le doy las gracias, vuelvo a mi escritorio, reniego, hojeo el libro buscando otro ejercicio para alargar la clase; no lo encuentro, opto por usar uno de los recursos más viejos de los maestros: propiciar un debate.

—¿Qué opinan del *Grupo Revolucionario Estudiantil*?

De inmediato llueven sentencias.

—¡Son una pandilla de camorristas descerebrados!

—¡Es vergonzoso que se digan estudiantes!

—¡Están llenos de frustraciones; todo lo arreglan a golpes!

—Sus siglas GRE, parecen un gruñido.

—Sin embargo —alguien los defiende—, tienen derecho a expresarse; debemos ser tolerantes con ellos; usan medidas extremas porque no han sido escuchados por las vías legales.

—¡Pero qué idiotez! —responden otros—, los del GRE son alborotadores destructivos, ¡la policía antimotines debería barrerlos con agua a presión!

En ese instante aparece Kidori, la graciosa alumna de origen japonés que ha ganado varios premios académicos.

—¡Profesor!, venga; haga algo.

—¿Qué sucede?

—¡Rápido!, Por favor. Están golpeando a Oscar; lo van a matar.

—¿Qué dices? —salgo del aula—. Debe haber algún error.

—Sígame. ¡Es una masacre!

Reacciono con movimientos torpes, intimidado ante la perplejidad. ¿Por qué iban a querer golpear a mi sobrino?, Oscar es un muchacho discreto, estudioso, nunca se mete en problemas...

Como me desplazo pesadamente, Kidori me toma del brazo para jalarme.

—Venga, ¡pronto!

Me dejo llevar por la chica hasta la puerta de la universidad; hay mucha gente empujándose, gritando; el tumulto me impide ver más allá de la primera barrera humana.

La japonecita se abre paso sin soltarme.

Si se tratara de otra chica, no me arriesgaría a meterme ahí, pero Kidori es una persona digna de confianza. Fue cuatro años novia de Oscar, y por lo que sé, aún lo quiere.

Coordino un departamento universitario; procuro mantenerme alejado de los problemas personales de los estudiantes, pero hace tiempo mi cuñada llegó a verme para pedirme que asesorara a su hijo quien estaba a punto de inscribirse en la facultad donde yo trabajaba; acepté gustoso, porque deseaba apoyar tanto a mi sobrino como a la hermana de mi esposa.

—¡Kidori! Es peligroso venir aquí —los ánimos están enardecidos; recibimos pisotones y empujones—, ¿segura que Oscar tiene problemas?

Kidori voltea a verme con el rostro enrojecido. Se desgarró la garganta al gritarme con una mezcla de llanto y reclamo.

—¡Oscar se enamoró de Tábata!, ¡usted conoce a Tábata!, anda con el dirigente del GRE...

Claro que conozco a Tábata; ¿quién no?, es famosa: trabajó como modelo; alta, morena, de ojos verdes y cuerpo escultural; ha tenido varios pretendientes y todos saben que ahora sale con Luciano el Loco, el perdonavidas más desgraciado del grupo revolucionario. No concibo que Oscar se haya atrevido

a desafiar a ese sujeto tratando de quitarle a la novia. Esto no me gusta nada.

Seguimos abriéndonos paso entre la turba. De pronto, los alborotadores comienzan a alejarse como si estuvieran asustados por algo que no podemos ver; las personas corren en direcciones opuestas. Mendel aparece frente a mí, está sangrando, lo han golpeado también.

—¿Qué te pasa, muchacho?

—¡Oscar!; lo picaron...

—¿Cómo?

Mendel se toma de los cabellos y lanza un grito de coraje; baja las manos como garras de la cabeza hasta la cara y se rasguña las mejillas.

—Lo picaron, lo picaron —exclama con una mezcla de rabia y terror.

Mendel Yépez es el mejor amigo de mi sobrino; aún diría que son como hermanos porque Oscar le ha dado hospedaje en su casa y mis cuñados los tratan a ambos como a dos hijos. Sigue gritando. Está fuera de sí. Lo tomo por los hombros y lo sacudo.

—Mendel, ¿qué te pasa? ¿Dónde está Oscar?

Apenas puede articular palabras.

—Allá... ¡fue con un picahielos! Le dieron en el corazón.

La gente que tenemos frente a nosotros acaba de disiparse. Sólo quedan algunos curiosos listos para huir también. Al fin veo a mi sobrino. Está tirado en el pavimento. Tiene la boca abierta y ambas manos sobre el pecho. Ha dejado de moverse.

A unos metros, pálida, intimidada, paralizada se encuentra Tábata, la chica que ocasionó todo...

Mi visión se nubla, da vueltas. Creo que estoy soñando.

Mendel camina cojeando hasta Oscar; hace un esfuerzo por levantarlo.

Los jóvenes se siguen dispersando.

La sirena de una ambulancia trepana nuestros tímpanos.

Mendel llora y abraza el cuerpo de su mejor amigo. A un lado Kidori, la chica que acaba de perder al único amor de su vida, emite horribles alaridos; detrás de ellos, con los ojos muy abiertos, y los labios apretados, como si guardara la respiración, sin poderse mover, la modelo, Tábata.

DERECHOS RESERVADOS